

# EL MUNDO

Martes, 28 de octubre de 2003. Año XV. Número: 5.074.

## OPINION

### TRIBUNA LIBRE

## El gran salto de Arabia Saudí

KENNETH POLLACK

El anuncio por Arabia Saudí de la celebración de elecciones municipales dentro de un año podría ser el primer temblor de un terremoto que se avecina en Oriente Próximo. En primer lugar, hay que hacer una advertencia: todavía no tenemos todos los detalles. Como suele ocurrir en Oriente Próximo, el anuncio podría no estar a la altura de las expectativas. Un año es un periodo muy largo de tiempo. La iniciativa podría salir mal parada. Puede que las elecciones no sean tan justas y libres como se ha prometido. No sabemos si se permitirá votar a las mujeres. Es sólo un intento de enderezar los enormes defectos estructurales del sistema saudí.

Sin embargo, el anuncio es un hecho potencialmente importante del que los cínicos debieran tomar buena nota: los primeros intentos de democratización en Arabia Saudí podrían tener más repercusiones en todo Oriente Próximo que incluso las originadas por el propio desorden pluralista en Irak.

De hecho, debido a que Arabia Saudí es el más conservador de los estados árabes, la decisión de Riad de iniciar un proceso de democratización, aunque sea de manera gradual, ya está empezando a obligar a muchos árabes a replantearse hacia dónde se dirigen las corrientes de la historia de Oriente Próximo. Mientras los saudíes sigan avanzando por este camino, por muy lento que sea, será difícil que otros países de la región no sigan su ejemplo. Los demás gobiernos no tendrán ninguna respuesta cuando el pueblo les pregunte por qué no pueden ellos adoptar instituciones políticas más plurales como las de los saudíes.

Es más, tales reformas son el único remedio para superar las dos grandes amenazas que enfrentan a EEUU con el disfuncional sistema saudí. La primera es que la sociedad de Arabia se ha convertido en una importante colaboradora de los violentos grupos terroristas como Al Qaeda. El propio Osama bin Laden es saudí y ha encontrado a muchos de sus miembros entre sus desafectos jóvenes compatriotas. A sabiendas o no, muchos ricos compatriotas, incluyendo probablemente a los miembros de la propia familia real, han ayudado a

organizaciones benéficas islámicas que eran tapaderas de grupos terroristas.

La segunda amenaza es que gran parte del enfado y la frustración que convierte a Arabia Saudí en caldo de cultivo para los seguidores de Osama bin Laden ha desestabilizado los aspectos políticos internos, aumentando así el espectro de agitaciones violentas. Mientras la producción de crudo siga siendo el eje de la economía global, no podremos permitirnos aquí una revolución islámica. Incluso si la guerra civil o un nuevo régimen fanático no acabaran por completo con la producción de petróleo, cualquiera de las dos situaciones derivaría en un cambio de rumbo de la política de petróleo de elevada producción y bajo coste a la que se adhieren los miembros de la realeza saudí. Todo esto desencadenaría una recesión en todo el mundo.

Ambas amenazas proceden, al menos en parte, de una fuente común: más que ningún otro estado árabe, Arabia Saudí necesita desesperadamente una reforma integral en el ámbito político, social, legal y educacional. La economía se tambalea seriamente, lo cual, a cambio, ha puesto de manifiesto que el país ya no puede permitirse el estilo de vida despilfarrador de la Familia Real o el sistema vitalicio de Estado del Bienestar de los años 70 y 80, época de vacas gordas. El sistema de educación saudí es ineficaz, puesto que da prioridad a Humanidades y estudios islámicos en detrimento de las Matemáticas y las ciencias. Debido a su dependencia de la memorización como sistema de aprendizaje, incluso los licenciados tienen pocas habilidades profesionales y comerciales. El obsoleto sistema legal está deformado por censuras xenófobas en forma de leyes que prohíben la inversión foránea, y profundamente minado por los abusos de la familia real.

El resultado es que el desempleo supera el 30%, siendo este porcentaje todavía más elevado entre los varones veinteañeros, la reserva perfecta de talentos terroristas y revolucionarios. Si no hay empleo no hay ni ingresos, ni dignidad, ni mujer, ni hijos, ni lugar alguno en la sociedad saudí. Por no resolver estos problemas y por no ofrecerles ningún medio legal en compensación, muchos de estos jóvenes descargan su cólera contra el régimen autocrático saudí, y contra el gobierno de Estados Unidos por apoyar a este régimen político.

Para los saudíes, la única manera de solucionar estos problemas tan profundamente arraigados pasa por un proceso de modernización, y éste tiene que empezar por el sistema político. Hasta que no haya mayor transparencia, responsabilidad y participación en el proceso político, Riad no podrá superar la corrupción y la inercia que han paralizado la economía y la sociedad. Mientras prevalezca la opinión de que los miembros de la dinastía real dirigen el país única y exclusivamente por afán de lucro, aquellos que predicán un cambio violento encontrarán un montón de verdugos entusiastas.

Siendo así ¿qué puede hacer Estados Unidos ante el anuncio de elecciones, que parece conducir a algo realmente importante? En primer lugar, debería respaldarlo, pero no pregonarlo demasiado. El líder reformista del reinado, el príncipe heredero Abdalá, y sus seguidores, tienen que saber que el gobierno de Estados Unidos aprecia los esfuerzos que están intentando llevar a cabo. Asimismo, los opositores a la reforma entre los miembros de la realeza y la aristocracia tienen que comprender que Washington responsabilizará a todo aquel que impida el cambio. Sin embargo, el pueblo saudí no debe darse cuenta de que Estados Unidos está demasiado aferrado al empeño, pues los demagogos saudíes aprovecharán la oportunidad para alegar que cualquier cosa promovida por los estadounidenses debe ser perjudicial para el país.

En segundo lugar, quizá tengamos que extremar la presión sobre los saudíes. Tenemos que asegurar que continúe el proceso electoral y no sea una excusa para reincidir en otras áreas: reforma legal, propiedad extranjera de negocios saudíes, reforma en educación, etc. Sin embargo, los estadounidenses deberían considerar la lentitud en el ritmo de la reforma (aunque sólo sea porque todo en el país va muy despacio) y ver que esto es bueno tanto para unos como para otros. Como dijo F. Gregory Gause III, un experto saudí de la Universidad de Vermont, si por arte de magia mañana pudiéramos crear un estado democrático en Arabia Saudí, veríamos cómo ganarían los fundamentalistas islámicos con un margen de ventaja aplastante. Se necesitarán años de liberalización política antes de que surjan líderes políticos suficientemente moderados para ofrecer una alternativa a los islamistas y al régimen.

Además deberíamos proponer medidas para disipar otras presiones sobre Riad. El príncipe heredero Abdalá y sus seguidores serán reacios a promover las reformas electorales si se enfrentan a otros problemas internos. Podríamos empezar por iniciar conversaciones suaves entre los funcionarios de la Administración Bush y los miembros del Gobierno saudí para hacernos una idea de la manera de ayudarles. Por ejemplo, una buena razón, entre otras, para que Estados Unidos trabaje con más ahínco con israelíes y palestinos es que la ira manifestada por la población saudí con respecto al callejón sin salida árabe-israelí, ha hecho que el dirigente saudí sea más cauteloso a la hora de emprender acciones que podrían resultar impopulares.

Pero por encima de todo tenemos que mantenernos en nuestra línea de prioridades a largo plazo: acabar con la financiación de grupos terroristas, ayudar en la reconstrucción de Irak y seguir con las reformas internas en Arabia Saudí. Con demasiada frecuencia hemos impuesto numerosas exigencias a los saudíes, desde la financiación de nuestros proyectos personales como la reconstrucción de Bosnia, pasando por la compra del caro equipamiento militar estadounidense, hasta la presión sobre los miembros del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas por parte nuestra.

Cuanto más presionemos a los saudíes en cuestiones secundarias impopulares, más despacio tomarán ellos medidas sobre terrorismo y reformas. A fin de cuentas, éstos son los temas que realmente ponen en peligro los intereses y las vidas de los estadounidenses.

**Kenneth Pollack es director de investigación en el Centro Saban de Política de Oriente Próximo en la Institución Brookings y ex director de Asuntos del Golfo Pérsico en el Consejo de Seguridad Nacional de EEUU.**

---

© Mundinteractivos, S.A.